



knowsquare .

ALFONSO VÁZQUEZ

22 DE OCTUBRE DE 2011

LA FÁBRICA DEL HOMBRE ENDEUDADO

ARTÍCULO

knowsquare .

Privado y Confidencial

Prohibida su Distribución sin Autorización Expresa del Autor y
Know Square S.L.

El término **deuda** se nos presenta hoy como una maldición bíblica. Portavoces de los poderes establecidos, “mercados”, instituciones, medios de comunicación, declaran: Españoles, griegos, portugueses, irlandeses, italianos... somos culpables de haber vivido por encima de nuestras posibilidades y, en consecuencia, tenemos que pagarlo con miseria, paro, destrucción de los servicios sociales, desamparo, al fin y al cabo. No voy a entrar aquí en las causas de esta crisis, que ya tiene múltiples análisis mucho más acertados de los que yo pudiera hacer, sino a referirme al concepto de **deuda**, siguiendo, parcialmente, un libro de reciente publicación, del que tomo el título del presente artículo: “*La fabrique de l’homme endetté*”, de Maurizio Lazzarato, en Ediciones Amsterdam.

En primer lugar, es necesario darle a la **deuda** lo que le pertenece: No es una anomalía del sistema capitalista, sino, precisamente, su motor de *acumulación*. Todo el sistema se basa en un cobro *diferido* de aquello que se ha desembolsado, con el cual se realizan las operaciones futuras. Pero la transformación esencial en los últimos cuarenta años –los del dominio del llamado *neoliberalismo*– consiste en pasar la ecuación D-M-D’, en la que la mercancía fundamental es el **trabajo**, a una ecuación simplificada, D-D’, en la que el dinero se convierte, en un ciclo autorreferencial, en la mercancía de referencia. De ahí que fenómenos como la especulación, la corrupción, el fraude... sean constitutivos de la nueva economía (como ya estableció Galbraith¹ hace años) y no desviaciones perversas de la misma.

Pero hay otro tema que nos va a interesar para el desarrollo de nuestra argumentación: El Poder no *procede* de la relación acreedor/deudor, sino que la *precede*. Es decir, es siempre el que detenta el poder económico, político, o de cualquier otro tipo, quien puede imponer condiciones de deuda al necesitado, al subordinado a su dominio, perpetuando de esta manera la situación.

Es interesante constatar que, aunque como veremos más adelante, la deuda es consustancial al desarrollo de nuestra civilización judeocristiana, la figura del *usurero* fue denostada en la Edad Media y en los inicios del capitalismo temprano, como muestra Shakespeare en el episodio de Shylock en “*El mercader de Venecia*”, e incluso desde posiciones religiosas, en un manuscrito del siglo XIII citado por Le Goff:² “*¿Qué vende él, en efecto, sino el tiempo que se desvanece entre el momento en el que presta y aquel donde se*

¹ J. K. Galbraith “*La economía del fraude inocente*” CRÍTICA (2004)

² J. Le Goff “*La Bourse ou la vie*”. HACHETTE (1986)

reembolsa con intereses? Ahora bien, el tiempo no pertenece sino a Dios. Ladrón del tiempo, el usurero es un ladrón del patrimonio de Dios.”

La deuda como dominio de la subjetividad.

En realidad, la **deuda** es consustancial a la civilización judeocristiana. Desde nuestro nacimiento adquirimos una deuda con nuestro Creador por un Pecado Original cuya esencia ignoramos, asumiendo una *culpa* que tenemos que purgar a lo largo de nuestra vida. De esta forma, en nuestra cultura –como se hace muy evidente en los discursos dominantes en nuestros días- la deuda viene asociada a la culpa por haberla contraído. Este tratamiento está muy presente en la obra de Nietzsche, particularmente en “*La genealogía de la moral*”:

“Esos genealogistas de la moral habidos hasta ahora, ¿se han imaginado, aunque sólo sea de lejos, que, por ejemplo, el concepto moral fundamental de «culpa» (Schuld) procede del muy material concepto «tener deudas» (Schulden)? ¿O que la pena en cuanto compensación se ha desarrollado completamente al margen de todo presupuesto acerca de la libertad o falta de libertad de la voluntad?”

A diferencia de otras épocas históricas, la condición *neoliberal* se ha basado en el *endudamiento de por vida* (“voluntariamente” solicitado por los ciudadanos “libres”) como modo habitual de consumo. Esta condición es equiparable, con sus diferencias de origen y genealogía, a la deuda que el cristiano adquiere al nacer: Tiene que pagarla de por vida. Pero, más allá de las condiciones “objetivas” del contrato entre acreedor y deudor, aparece otro “contrato” implícito, *subjetivo*: El deudor debe ser *digno* de la *confianza* del acreedor, *incluso* desde antes de adquirir la deuda. Es decir, sus hábitos, sus formas de vida, sus comportamientos, sus aspiraciones, sus ilusiones... deben *encajar* en su condición de *deudor*, deben alinearse con lo que de él se espera, con la confianza a la que se ha hecho acreedor.

En modo similar a la **culpa** en el cristianismo, la **deuda** se manifiesta, pues, como un *dispositivo de poder*, tratando de hacer perfectamente previsible el comportamiento futuro de los endeudados en función de los intereses y objetivos de los acreedores, para hacerse dignos de cumplir su promesa. Vuelvo a Nietzsche:

“El deudor, para infundir confianza en su promesa de restitución, para dar una garantía de la seriedad y la santidad de su promesa, para imponer dentro de sí a su conciencia la restitución como un deber, como una obligación, empeña al acreedor, en virtud de un contrato, y para el caso de que no pague, otra cosa que todavía «posee», otra cosa sobre la que todavía tiene poder, por ejemplo su cuerpo, o su mujer, o su libertad, o también su vida (o, bajo determinados presupuestos religiosos, incluso su bienaventuranza, la salvación de su alma, y, en última instancia, hasta la paz en el sepulcro [...]).”

Es decir, hay que producir una *interiorización* de la deuda, de la promesa pendiente, en forma de culpa, de “mala conciencia”, de manera que la subjetividad quede orientada al cumplimiento en función de las normas queridas por el acreedor. En el cristianismo el ser nace *asignado* a un lugar en la Tierra y en la sociedad, al que deberá honrar con su comportamiento moral, siendo así responsable de su deuda con el Creador a través de un comportamiento acorde a los Mandamientos establecidos. Pero en el capitalismo tardío se va a producir un fenómeno muy interesante: El llamamiento al ser para que “se haga a sí mismo” como forma de pagar su deuda, que inunda discursos, conferencias sobre innovación, artículos, etc. Es el *nuevo* Mandamiento. Pero un mandamiento, por cierto, que sólo afecta a aquellos que tienen pocos recursos económicos por origen. ¿Alguien se imagina proponiendo al rico heredero de una fortuna familiar que sea “emprendedor” de sí mismo?

En efecto, la conversión del dinero en la mercancía autorreferencial ha traído como condición necesaria la degradación del trabajo como mercancía de referencia: Destrucción de empleo, precarización, pérdidas de poder adquisitivo e, incluso, de los derechos sobre lo que no hace tanto se denominaba el “salario diferido” (pensiones, prestaciones por desempleo, sanidad, etc.). Devaluado el trabajo colectivo, el individuo debe constituirse como la fábrica de *sí mismo* para poder endeudarse y responder a la *promesa* de restituir la deuda, como ya había adelantado Foucault. Ya no se llama a trabajar –no hay “empleos”- sino a ser *emprendedor* para construir –en solitario- tu propia vida de consumidor activo. Deleuze³ realiza un pasaje fundamental entre la “interiorización” de la deuda en el cristianismo y en el capitalismo: Mientras que en el primer caso tiene una naturaleza *transcendente* en el capitalismo tiene una naturaleza *inmanente*. La eternidad prometida por la religión al aceptar la carga de la culpa se trastoca en el capitalismo en un “automovimiento” continuo del valor, del dinero que genera dinero, y que, gracias a la deuda, sobrepasa siempre sus propios límites (una “eternidad” terrenal, al fin y al cabo.)

Evaluación y control

La llamada *burbuja inmobiliaria* introduce una forma de deuda basada en un supuesto temerario: Que el precio de los inmuebles subiría sin cesar gracias a la demanda generada a través de la “fluidez” del crédito hipotecario, con lo cual éste siempre podría ser recuperado (amén de representar un suculento negocio especulativo para los bancos a través de los “derivados” financieros). Su “estallido” devuelve el *crédito* y la *deuda* a él asociada, a su lugar de origen, sólo que *perfeccionada* por los dispositivos de

³ G. Deleuze “*Nietzsche y la filosofía*” ANAGRAMA (1971)

evaluación y control de nuestras instituciones financieras y políticas, con un *estado de excepción* asociado (¿qué otras cosas son los “rescates” de Irlanda, Grecia, Portugal y España?).

La **evaluación** del aspirante a deudor (o a empleado, o a trabajador...) regresa con toda su fuerza: La persona tiene que ser cuidadosamente evaluada, no tanto en su comportamiento pasado (que, a lo sumo, es signo para un futuro), sino en sus actitudes, sus hábitos, sus conductas... para valorar si merece la confianza de recibir un crédito que le endeudará largos años de su vida. Pero esta evaluación pretende *guiar* la vida del endeudado de forma acorde al pago puntual de los compromisos adquiridos. Es decir, lisa y llanamente, pretende hacer *previsibles* las actuaciones de los endeudados (de casi toda la población), de manera que se reproduzcan sin cesar las *condiciones del Sistema* que abocaron a la deuda.

Desde esta óptica (diseño del futuro de la persona a través de la deuda) tenemos que convenir con Foucault en que nos encontramos con un dispositivo del biopoder, con un instrumento de la biopolítica. “Una especie de intimidación y de chantaje se inscribe desde el principio entre la necesidad de subsistir y la manera de gozar, a partir de una subsistencia garantizada.”, dice Klossowski⁴.

Pero esta sumisión del comportamiento futuro de la persona (o del trabajador, o del directivo, o del parado...) a su papel (y a su deuda) tiene que ser reforzada por el sistema a través de técnicas de autoayuda, que la vigoricen en su empeño sin descanso. Y esto, según Lazzarato⁵, necesita “La multiplicación de la intervención de psicólogos, sociólogos y otros expertos en el ‘trabajo sobre sí mismo’, el desarrollo del coaching para los asalariados de las capas superiores y del seguimiento individualizado obligatorio para los trabajadores pobres y los parados, la explosión de las técnicas del ‘cuidado de sí mismo’ en la sociedad, son síntomas de nuevas formas de gobierno de los individuos que pasan también y sobretodo por la modelización de la subjetividad.”

Entender el papel que juega la **deuda** en nuestras condiciones económicas, sociales y políticas es clave para desvelar su lógica y poder optar a una sociedad diferente.

© Alfonso Vázquez
© Know Square S.L.

⁴ P. Klossowski “La moneda viva”. PRE-TEXTOS (2012)

⁵ M. Lazzarato. “La fabrique de l’homme endetté” Éditions Amsterdam (2011)